

(Transcripción)

Rocca di Papa, 20 de octubre de 1983

Yo no soy nada, Tú lo eres todo

(...)

Es necesario tener siempre presente la infinita distancia entre Dios y el hombre, como entre el Todo y la nada.

Los gigantes de la religión, que son los santos, han sido siempre conscientes de ello y con frecuencia su oración a Dios brotaba desde el corazón así: "¡Yo no soy nada, Tú lo eres todo!"; y como resultado de esta convicción, pudieron constatar un día que su nada era colmada por el Todo, esto es, que Dios había entrado plenamente en su corazón. Puesto que se habían anulado, participaban incluso de su gloria.

También nosotros tenemos que comportarnos como estos cristianos verdaderamente realizados.

Recuerdo que al comienzo del Movimiento, queriendo imitar precisamente a los santos, declarábamos con frecuencia y repetidamente a Jesús en el Sagrario que Él lo era Todo y nosotros nada. Esto lo hacíamos especialmente antes de hablar en público, para no ser ya nosotros quienes discurriésemos, dando palabras humanas y vacías a los demás, sino que fuese Él en nosotros quien hablase a los corazones; y no puedo olvidar cuánto nos ayudó Él, hasta el punto de poder decir que si el Movimiento -desde el comienzo- tuvo esa gran expansión, lo debemos también a este hecho.

Así pues, también ahora debemos ponernos en esta disposición delante de Dios: decirle siempre que nosotros no somos nada y que Él lo es todo; pero sobre todo vivir esta nada, ser lo que realmente somos por nosotros mismos: nada.

En las distintas espiritualidades que han embellecido la Iglesia a través de los siglos, muchos han sido los modos sugeridos por el Espíritu Santo para enseñar a los cristianos a anularse. Existen quienes se proponen constantemente negarse a sí mismos con mortificaciones incluso grandes; otros que tienden a lo que se suele llamar "nada": nada de apetitos (es decir, deseos), etc.

Nosotros, aun teniendo presente el deber de la renuncia, tenemos que seguir un determinado camino: hallar nuestra nada pensando en Dios y en su voluntad; y pensando en el prójimo viviendo en nosotros sus ansias, sus penas, sus problemas y sus alegrías.

Sí, amando.

Si somos "amor" siempre, en el presente, somos por nosotros mismos nada, y esto aun sin darnos cuenta.

Y porque vivimos nuestra nada, afirmamos con la vida la superioridad de Dios, su ser Todo.

Pero al mismo tiempo, si somos nada en el presente siendo amor, Dios inmediatamente nos hace partícipes de Él, resultando que somos "nada" por nosotros mismos y "todo" a causa de Dios.

Entonces, hagamos un propósito: durante estos próximos días asumamos siempre como nuestra la Voluntad de Dios: la que conocemos y hemos programado, y la imprevista que se manifiesta día tras día, hora tras hora.

Actuando así, no sólo con nuestra oración le diremos "Tú lo eres todo, yo no soy nada", sino que lo gritará nuestra misma vida.

*Chiara Lubich*